

DON QUIJOTE

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

Redacción y Administración: Luisa Fernanda, 13, Madrid.

Fundador: EDUARDO SOJO

SE PUBLICA LOS VIERNES

VICTOR HUGO

¡Recordáis á aquel épico gigante de ojos de fuego y de facciones duras, que Hugo cantara en himno resonante cual choque de guerreras armaduras?

Era un coloso que, de cumbre en cumbre, los escarpados Alpes recorría, y cuyo aliento de huracán la lumbre del sulfúreo relámpago extinguía.

El luchó con la mar siniestra y brava y la temible cólera del cielo, y con sus férreas manos apresaba las águilas caudales en su vuelo.

Era un titán, cuya mirada fiera hizo temblar á tigres y leones; reció gigante, cuyo puño hundiera en el polvo á esforzados batallones.

¡Recordáis al atleta soberano?... Víctor Hugo, el espíritu radiante, el sublime poeta, digno hermano fué de este rudo y épico gigante.

Hugo, el titán, detuvo con su frente negra nube de cóleras preñada, y al trueno arrebató su voz rugiente y á la centella su fulminea espada.

Movió el gigante asoladora guerra á los crímenes, vicios y falsías, y marcó á los tiranos de la tierra con los rojos carbones de Isaías.

Profeta vengador, arrebatada con su verbo encendido á las naciones, y, Hércules irriado, con su clava hizo morder el polvo á cien legiones.

Mas en este coloso áspero y duro ocultábase tierna alma divina, como paloma en agrietado muro, como panal de miel en hueca encina.

El vate consolaba los dolores prodigando á raudales su cariño; coronó á la virtud con gayas flores, y la cuna meció del blando niño.

Y á diferencia del audaz gigante, del cielo retador y la mar brava, que sorprendiendo al águila triunfante en su vuelo solemne, la apresaba,

Hugo, el gran Hugo, como en Francia viera la sacrosanta libertad cautiva, la jaula quebrantó con mano fiera, ¡y el águila voló noble y altiva!

MANUEL REINA

A LOS REYES

¡Creéis acaso que os podemos querer, nosotros que sufrimos todo el peso de los dolores, que constituimos el género humano, la plebe, los siervos de la gleba; que sólo tenemos derecho al hambre y á la sed, á la indigencia y al frío; que asesinados por el trabajo vivimos agonizando; que somos vasallos, mientras sois reyes; que somos corderos, mientras sois lobos? ¡Verdaderamente sería extraño que los que sufrimos y nos desesperamos sintiéramos cariño y ternura por los que se nos comen, por los que de nuestros dolores forman sus alegrías! Sería un milagro, digno de insertarse en las Biblias, que os bendijésemos, porque sois devoradores á nuestras expensas; sería un milagro que el pueblo tuviese cariño á los tiranos, que la Nación fuera cómplice de su ignominia, que el castigado admirase al suplicio, como la mujer adora y besa á su esposo. Por vosotros el hombre es reptil y el pueblo es esclavo; por vosotros pesa sobre nosotros todo lo que nos cerca; por vosotros tenemos despellejadas las rodillas, somos abyectos y vivimos en la miseria; por eso os detestamos.

VICTOR HUGO

LA MADRE DE LOS POBRES

Tiemblan las naves del templo con el fragor del órgano; suben lentamente hasta los ventanales de colores nubarroneos de incienso, deshaciéndose en caprichosas formas; cantan los canónigos

solemnes coros que repercuten con subterráneos ecos; chillan monaguillos é infantes de coro inocentes canturrias con gatuna voz.

La iglesia, vestida de rojos tapices, parece un salón de fiestas... Lucen mil parpadean y guiñan en candelabros, arañas, pilastras y retablos.

Deslumbra el oro, brilla la plata, fulgura el bronce. Piedras preciosas, magníficas joyas, soberanos cuadros, ricas alfombras adornan el templo.

Al son de triunfal marcha pónese en movimiento la comitiva pomposa.

Doble hilera de cirios y hachones forman luminoso cordón. Brilla el terciopelo en las casullas, amarilla el oro pálido en mitras y capas; las áureas varas del palio relampaguean al choque de celestiales resplandores.

En medio del altar muerta bajo su careta de muñecón, inmóvil la mirada, sonrosadas las mejillas, está la Virgen. Su manto es una ascua de oro; con las joyas y con los arabescos que le adornan, podrían secarse fácilmente algunas lágrimas; cubrirse muchos cuerpos ateridos...

El arzobispo se inclina ante el dorado leño.

Suenan los acordes del órgano.

Como llama de oro brilla la capa del prelado... Las perlas del manto virginal sonriente temblorosas y parecen hacer graciosos guiños al sentir las caricias de la luz. Y los colorados rubies estallan apopléticos de orgullo.

Allá, en medio del altar, reina y señora del oro, sonríe desdeñosamente el pintado ídolo: Es la «Madre de los pobres».

II

La ventanuca parece un nido rústico colgado en el ramaje del rosetón gótico. Es una angosta boca, el seco pulmón por donde respiran los habitantes de la catedral. Son los parias, los esclavos, los Quasimodos, monaguillos y sacristanes, empleadillos y perreros, Centientas del angosto templo que habitan en sus alturas. Arrastran sus miserias bajo las soberbias arcadas de la catedral; ellos y los pájaros tienen por palacio las cresterías de encaje, el bosque sagrado donde viven los monstruos de la fábula arquitectónica, las *bichas* y *gárgolas*, los *enaniillos* y los aguiluchos, los duendes y los herrumbrosos trasgos, ocultos entre la espesura pétrea de la selva gótica.

En las guardillas de la catedral se muere un niño: el hambre, la miseria, la herencia fatal... Los hombres lloran arriban. Los sacerdotes cantan abajo.

Y la Virgen, «la madre de los pobres», sorda á la queja continúa mirando impassible, sonriendo con su secular sonrisa, orgullosa de su inútil riqueza.

Las perlas de su manto brillan ahora como lágrimas, los rubies como gotas de sangre...

RODRIGO SORIANO

UTOPIA

Sueño del desierto, delirio del sano, embriaguez del sobrio, locura del cuerdo, obcecación del sabio, desvanecimiento del discreto, ¿qué eres tú, espejismo eterno, ilusión rediviva, alucinación inmortal, sed del absurdo, esperanza de lo imposible? ¿De dónde procedes? ¿De qué te sustentas? ¿Cuáles son las fuentes misteriosas de las que deriva tu incontrastable poderío?

Más verdadera que la verdad, eres el punto matemático sin extensión, eres la figura de corrección irreprochable, vanos fantasmas en los cuales funda la Geometría sus indiscutibles teoremas. Más bella que la belleza, eres el dechado inefable, inasequible, del que son toscos remedos las grandiosas creaciones del genio. Más buena que el bien, eres la virtud suprema, inaccesible, norte de todo buen obrar. Más justa que la justicia, fantaseas en el porvenir sociedades que jamás serán. Eres lo eterno, lo absoluto, lo perfecto. Eres la inquietud de la bestia que aspira á ser ángel. Eres la rebeldía satánica del hombre que quiere ser Dios.

Eres la religión de lo infinito. En toda actividad humana late oculta el ansia de ti. Eres el amor para el amante y la salud para el enfermo y la libertad para el cautivo y la riqueza para el pobre y el cielo para el creyente y el porvenir para el iluso. Sin ti no se ha hecho nada grande. Tus sacer-

dotes han llenado el mundo. Son los egregios soñadores del amor: Leandro, Abelardo, Marsilla; ó del placer: Sardanápalo, Heliogábalo; ó de la gloria: Alejandro, César, Napoleón; ó de la verdad: Platón, Hegel; ó de la virtud: Bruto, Catón; ó de la perfección: Bhuda, Cristo. Tú pones la sonrisa en los labios del mártir y armas el brazo del sicario. Tú eres la musa de todas las cosas inmensas que no pueden ser. Tú has inspirado el Sermón de la Montaña y la «Imitación de Cristo»; el «Ideal de la Humanidad», y «La conquista del pan». Tú eres el vino generoso de la ilusión. Tú eres el héctar del ensueño.

¡Cuán tranquila y dulce la vida sin ti! Pero también, ¡cuán desabrida, cuán insípida! ¡Qué tediosa, qué estéril! Contigo no hay paz posible; sin ti el vivir carece de dignidad, de sentido y de objeto. Maldigamos en ti al ídolo siniestro que exige la inmolación de inocentes víctimas. Bendigamos á la eterna sembradora que abona con cadáveres y riega con sangre el suelo de la historia, fecundándole para las cosechas futuras...

ALFREDO CALDERÓN

Balada de los golfos.

Venid, yo tengo para vosotros también un poco de corazón; mientras riendo pasan los otros, venid, yo tengo para vosotros una canción.

¡A ver! mostradme los dientes blancos, los ojos grandes, los pies deformes y los harapos sobre los flancos; ¡a ver! mostradme los dientes blancos de lobos jóvenes.

¡Bravo! Dejadme que me convenza de vuestros odios y vuestros crímenes; habladme todos—no os de vergüenza— ¡bravo! dejadme que me convenza de que sois viles.

¡Pobres muchachos! Yo he de mostraros el gran remedio de vuestras penas; sagradamente quiero educaros, ¡pobres muchachos! Yo he de mostraros vuestra riqueza.

¡Nadie os lo ha dicho? Bajo esas ropas deshilachadas, corre la sangre; ¡tended las manos á vuestras copas! ¡Nadie os lo ha dicho? Bajo esas ropas tenéis la carne!

¡La carne ubérrima, la carne viva! y carne y sangre vuestras entrañas, cuando os desprecie la raza altiva gritadle: «¡Somos la carne viva que os amenaza!»

Y entrad en vuestra carne sangrienta y oid el ruido de vuestra sangre; niños de larga faz macilenta, entrad en vuestra carne sangrienta y haceos grandes!

¡Sed los esposos de las pasiones! y bajo el forro de vuestras venas —¡gloria á los músculos y á los tendones!— ¡sed los esposos de las pasiones contra las vírgenes de las ideas!

No creáis nada, no aprendáis nada, salvajes míos, niños feroces; retad á todos con la mirada, y, en todo nuevos, no aprendáis nada, mis lobos jóvenes.

Sed criminales y haceos fuertes, mis pequeñuelos, mis redentores; vais, como piedras, rodando inertes; pero ya es tiempo de hacerlos fuertes entre el ejército de las pasiones.

Yo mi esperanza pongo en vosotros, los dominados del corazón, y—triunfen unos ó triunfen otros— ¡yo tendré siempre para vosotros una canción!

EDUARDO MARQUINA

¡HAY QUE EXPULSARLO!

Nocedal—dan ganas de escribir ese apellido con minúscula para empequeñecerlo más—se ha opuesto á que el Congreso de los Diputados se asocie á las fiestas que en honor de Víctor Hugo se están celebrando en Francia.

¡Esé farsante! Porque Nocedal, que no cree en nada, que no ama nada, que le es igual Dios que el diablo, D. Carlos que la Reina Regente, es de una insinceridad de alma, de una doblez de pensamiento que asusta... Pidal, comparado con él, es un hombre sencillo, «un pobre hombre».

Loyola de levita, cura sin sotana, mitad seglar, mitad clérigo, es el más grande fariseo que ha parido madre. La palabra de fe en su boca es una blasfemia. Para él la humanidad sólo ha producido dos hombres: Felipe II y Torquemada. También cree algo en Carulla y en Cristóbal Botella. Y niega á Víctor Hugo.

Y por ese Nocedal el Congreso español no se ha asociado á las fiestas en honor del inmortal poeta. ¡Parece mentira que tan poco hombre haya podido imponerse á mayorías y minorías, á todo un Parlamento! ¡Oh poder de los insignificantes!

Hay una solución para desagrar al Congreso: que éste acuerde por unanimidad la expulsión del diputado integrista.

Porque hay que respetar la libertad del pensamiento, pero es una estupidez respetar la libertad del rebuzno.

CAVESTANY

Ya ha ingresado la Academia en Cavestany, como diría, siempre disparatando, el ingenioso Pérez Zúñiga.

Los periódicos, velando por la limpieza y esplendor de la «docta casa», han echado las piernas por alto, protestando de la elección del autor de *El leoncillo*.

Pero, señores, ¿por qué? ¿No es académico Villaverde? ¿No es académico Liniers? ¿No es académico el duque de Rivas? ¿Pues por qué no ha de serlo también el autor problemático de *El esclavo de su culpa*?

La Academia ha sido y es una gran pecera, donde tienen cabida peces de todos tamaños, desde Catalina á Echeagaray —el boqueroncillo y el tiburón.

Para la primera vacante—que ocurrirá pronto, porque este año, con la trichina, se da mal para los académicos—nosotros proponemos que se nombre «inmortal» á Paso ó á García Álvarez.

¡Porque hay que conmemorar de algún modo el estreno de *El bateo*!

LOS NIÑOS MODERNOS

Flores cultivadas en invernadero, vivaces, no vivos, nerviosos, anémicos, rien tristemente los niños modernos. No logran sus risas juguetes ni juegos, ni *cloaks* en el circo ni en *Guignol* muñecos; y mientras los grandes olvidan por ellos tristezas presentes y tristes recuerdos, ¡Penoso contraste! Parecen al verlos, los viejos los niños, los niños los viejos. Los niños se aburren, y es su aburrimiento de mil tristes vidas sombrío reflejo; que, á Musset iguales, los niños modernos llegaron muy tarde á un mundo muy viejo.

JACINTO BENAVENTE

EL QUIJOTE

PROFECIA GITANA

HEMEROTECA MUNICIPAL MADRID

IDILIOS FUSIONISTAS



Retrato auténtico de Nocedal, único diputado que se ha opuesto á que el Congreso español se asocie á las fiestas del centenario de Víctor Hugo.



LOS NUESTROS Alejandro Lerroux.



Si estos sabañones se declarasen en huelga general.



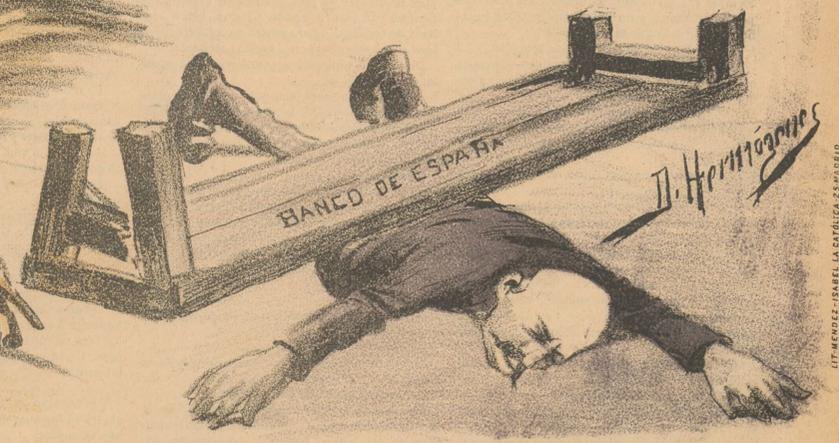
Don Práxedes.—¿Cuántas pelotas hay ahora en el tejado, Alfonso?
 Alfonso González.—Señor, lo menos veinte.
 Don Práxedes.—¡Y luego dicen que en este país se habían acabado las pelotas.



En el paseo de los mancos.



LOS PERFUMES DE BARCELONA omero y Dato.—¡La verdad es que huele bastante mal!



«Aquí yace Urzáiz.—Murió aplastado por un Banco.»

ANECDOTAS POLITICAS

(ARREGLADAS LIBREMENTE)

Capdepon es el colmo de las desdichas.
Va a bañarse:
—¡Bañero! No encuentro por ninguna parte mis pantalones.
El bañero sonrióse:
—¡Pero está seguro el señor de haberlos traído?

Un diputado de la mayoría habla del último discurso de Villanueva:

—¡Pero qué conocimiento tiene ese hombre del problema obrero! ¡Qué impresión me ha hecho su discurso!

—Y á mí también — afirma otro diputado.
—Y á mí, señores — declara Rancés —. Como que anoche, al acostarme, tuve un sueño horrible. ¡Soñé que me veía obligado á escuchar por segunda vez la admirable oración de ese portento de los ferrocarriles secundarios!

Háblase en una tertulia de la edad de los presentes:

—¡Cuántos me echa usted á mí? — pregunta candorosamente una señora á Villaverde.

—Señora, ninguno; bastantes tiene usted ya para que trate yo de aumentárselos.

Un diputado pregunta á Urzáiz:

—Diga usted, D. Angel, ¿sabe usted quién inventó la pólvora?

—¡Por qué me lo pregunta usted? — responde Urzáiz algo escamado.

—Porque D. Práxedes dice que no ha sido usted.

Correspondencia epistolar.

De Pidal á Silvela:

«Tomo la pluma para escribir á usted porque no tengo nada que hacer, y concluyo la carta porque no tengo nada que decirle. ¡El Concordato, bueno!»

EL CARLISMO

Un monstruo del pasado, el fanatismo, se unió en mal hora á la ambición humana, y el protegido la gente de sotana y otro monstruo engendraron, el carlismo.

Olvidado de Dios y de sí mismo, ajeno á toda caridad cristiana, de sangre saturó la tierra hispana, hipócrita invocando el cristianismo.

Tigré feroz, arrojase violento sobre el que sigue la moderna vía. Y extraño y singular temperamento! solamente conoce la alegría; ó entre el rudo fragor del campamento, ó en la calma de obscura sacristía.

Las galanterías de la Biblia.

ABRAHAM Y SARA

Alejado Abraham de las ciudades donde nacen las artes corruptoras, feliz en sus fértiles valles, preservó sus costumbres del vicio y recibió la recompensa.

Amenazados por el hambre, vióse á pesar suyo obligado á ir á Menfis: «La inocencia corre allí peligro — exclamaban los maridos temblando al solo nombre de la ciudad».

—Sara, eres joven y hermosa — dijo Abraham —, y temo por tí; estas gentes toman como bagatela lo que causa la desolación de un pobre esposo. Siempre el bien de otro las tienta. Pasa á sus ojos por mi hermana, y no por mi mujer. Este engaño prevendrá lo que me espanta.

El buen hombre se engañaba mucho.
Al llegar á Menfis, los cortesanos, llenos de celo y deseando congraciarse, hicieron á su señor el fiel retrato de Sara.

—Al hermano que la acompaña — contestó el rey — dádle buena cama y buena comida. Para la hermana no es preciso lecho nuevo: esto corre á mi cargo.

A la media noche la hermosa se dejó conducir cerca del rey, diciéndose:
¿Qué querrá de mí tan tarde? Apenas respiro. Recurrió el rey á las súplicas y la hizo callar con un beso.

Un rey, cualquiera que sea, es siempre la imagen de Dios sobre la tierra; y pues que Abraham lo ha querido, y sin duda lo ha previsto todo, él sabe mejor que ella lo que se debe hacer.

De este modo razonaba Sara, y su dócil credulidad devolvía sin escrúpulo todo el placer que le daban.

Mas he aquí que un espantoso ruido rompe el silencio de la noche. Todos los vientos soplan con ira, sobre todos los techos cae y rebota con gran estruendo el granizo; mil relámpagos rasgan el espesor de las nubes; y vese al ángel exterminador, terrible, de pie sobre la tempestad, alzar su destructora y flamígera espada.
Sus miradas imponen miedo y sobre su frente

está grabada la amenaza del Dios vengador. Habla, y el fragor aumenta.

He aquí lo que dice el Eterno:

—Yo amo á Abraham; su voz conmovedora ha traspasado la bóveda del cielo. Monarca injusto, ¡escucha y tiembra! Devuelve esa mujer á su esposo, y que un mismo lecho los vuelva á reunir. ¡Devuélvela! ¡Soy el Dios celoso!

—Ignoraba que fuese su mujer — contestó el príncipe algo secamente. Por lo tanto, se queja sin razón. ¡Por qué dar el nombre de hermana á la esposa que reclama? Este nombre, que yo he creído verdadero, ha causado su supuesta desgracia. ¡Soy culpable de su ficción! Le devuelvo la joven Sara, y se la devuelvo inocente y pura. Os juro que me ha faltado tiempo... Ella misma os lo dirá.

La bella encuentra más honesto evitar explicaciones, y baja un poco la cabeza en señal de asentimiento.

Cuando fué á tomar de nuevo la mano de su gruñón marido, volvió hacia el embustero una mirada reconocida y tierna...

Partieron al día siguiente.
Al principio guardaron silencio; después cambiaron algunas palabras, sin consecuencia, sobre el buen tiempo, el camino, y por grados el enojoso nublado se aclaró.

Al declinar el día sonrieron, hablaron de amor y después se arreglaron...

Un hijo les faltaba para su felicidad. Tenían la promesa del cielo, trabajaban para cumplirla con ardor, mas su juventud se deslizaba en esta labor inútil.

Por fin la cándida esposa encontró un nuevo medio muy sencillo y que dió admirable resultado.

—Dios te ha prometido el nombre de padre — dijo á su marido.

—¡Cien veces!

—Pero no ha limitado tu elección, no te ha designado la madre.

—No.
—Lo veo con pena. El Señor ha cerrado mi seno: *Conclusit me*. Toma esta doncella que nos ha seguido desde Egipto: es joven, fresca y gentil. Agar te dará hijos.

—Bien, probemos. ¿Crees tú que querrá acostarse conmigo?

—Es preciosa. Lo más pequeño la alarma. Yo mismo iré á buscarla.

Sara sale, instruye á su rival, combate sus timidas negativas, y coloca sobre el lecho nupcial sus encantos desnudos.

¡Lección conmovedora para las mujeres! ¡El matrimonio sería un paraíso si tuvieseis, señoras mías, estos pequeños cuidados para vuestros esposos!

Este sacrificio un poco penoso, pero demasiado frecuente en la Biblia, no fué perdido ante Dios; en su tiempo y lugar se acordó de él.

Sara envejeció sin esperar más aquel hijo tantas veces anunciado; noventa años y tres meses encorvaban ya su cabeza. ¡Qué pretender á esa edad y con un marido que contaba un siglo justo!

Reanima la ceniza los muertos?
Un día que agradablemente conversaban ante sus cabañas, Dios, invisible para los profanos, se les aparece bruscamente.

Ellos se prosternan y le adoran con verdadera devoción.

—¡Bendito sea mi dueño y señor que visita á su siervo! — exclama Abraham —. Nuestros ruegos imploran otra gracia: que se digne detenerse un poco en este sitio, y, sentado bajo este techo de verduras, permita á nuestras debiles manos verter sobre sus divinos pies agua refrescante y pura.

Jehová, como sabéis, se comunica con las gentes sencillas. Sentóse bajo un árbol viejo, y después de lavarle los pies, le sirvieron el festín rústico: un pan blanco, manteca, agua, leche acabada de ordeñar, y para postre un ternero que se hizo cocer sobre carbones hechos ascuas.

Dios, por complacerlos, comió con buen apetito, y dijo después:

—Ese hijo, que será justo y bueno, ese querido hijo... va á nacer. Que lleve el nombre de Isaac.

A estas palabras el buen hombre se rió en su interior como dudando; pero la risa de su discreta mujer estalló con fuerza.

Dios le dijo:

—¡Sabe, temeraria criatura, vana y sin fe, que la razón debe humillarse ante mí! ¡Creed y callad!

—¡Señor! que vuestra voz severa se digne dulcificarse. ¡Un niño hecho por nosotros! ¡Hay medio de creerlo! He perdido... hasta la memoria.

—Yo me llamo el Todopoderoso!

—¡Somos tan viejos!...

—¡Bagatela!

—Pero ¡puede sufrir una indigestión la mujer que no come!

—El apetito puede renacer.

—¡Ay! veo que el Señor se divierte con su sierva.

—¡Adiós! ¡Desde mañana crearás!

¡Con cuánta razón os echo de menos, días de inocencia, días felices en que Dios, no tan sedentario en los cielos, visitaba á menudo nuestro planeta y todo marchaba mucho mejor!

Los ángeles recorrían la tierra encargados de

mensajes divinos, y su presencia, siempre grata, servía de solaz y espectáculo á los humanos.

Gracias á sus encantadores rostros, entre las gente sin costumbres y sin leyes sucedieron algunas veces enojosas aventuras.

Sodoma pagó cara la afrenta que su brutal impertinencia imprimió sobre las castas frentes de los ángeles. Mas el castigo siguió á la ofensa.

BOHEMIA (1)

«Se acuerda usted, *mademoiselle*? ¡Qué frío más horrible el de aquella noche! ¡Y el canalla del *garçon* se había negado resueltamente á encendernos la chimenea! ¡Vamos á morirnos helados, sin remedio.

Yo no tenía un misero *suelto* en el bolsillo para comprar siquiera una libra de carbón.

Y á través de la pared que nos separaba — erámos vecinos de cuarto: usted vivía en el número 26 y yo en el número 27 del hotel Michelet, quinto piso — me parecía verla á usted tiritar, envuelta en su capita morada de encajes. ¡Qué hacer para proporcionar á usted un poco de calor? Yo no podía consentir, á fuer de hombre galante, que se convirtiese usted en un sorbete. ¡Oh, no! ¡Qué caballero no socorre á una dama en un caso semejante? Y parodiando la frase de aquel rey que en ocasión desesperada ofreció su vida por un caballo, grité, encarándome con las desnudas paredes de mi cuarto: «¡Doscientos mil francos por una arroba de carbón!» Nadie me contestó, nadie se dignó aceptar mi generosa propuesta.

«¡Oh cielo, para mí siempre enemigo!»
De pronto lancé un *¡ah!* de alegría y después un *¡eureka!* de triunfo que debió oírse en todo París.

Si, tenía motivos sobrados para entusiasmar-me. La situación estaba salvada. ¡Tendríamos fuego para toda la noche! ¡Cómo? Pues muy sencillamente. Sobre el mármol de la chimenea, se elevaba majestuosa toda una pirámide de libros. ¡Al *marchand* con ellos! ¡Que hermoso calor iban á proporcionarnos *Los reyes en el destierro*, de Daudet; *Germinal*, de Zola; *El Calvario*, de Mirbeau; *Cosmópolis*, de Bourget; etc., etc.!

¡Si, qué hermoso calor!

Y luego habrá insensatos que nieguen la utilidad del arte!
Desgraciadamente, la literatura produce tan poco en París como en Madrid. El *marchand* tasó las obras de todos aquellos grandes autores en la exigua cantidad de doce francos cincuenta. ¡Oh, pero con aquella suma podía comprar todo un bosque de maderas preciosas!

Verá usted la distribución que hice del dinero: dos francos de leña, cuatro de pasteles, seis de coñac y cincuenta céntimos de tabaco.

Total: doce cincuenta.
¡No me quedaron ni cinco céntimos para comprar un periódico!

Yo mismo encendí la chimenea. ¡Qué hermoso es el fuego! ¡Verdad, *mademoiselle*? Y, sobre todo, cuando se tiene frío. ¡Oh, entonces es doblemente hermoso!

¡No opina usted lo mismo?
Buen trabajo me costó que abandonase usted su cuarto y viniese al mío. ¡Usted ha sido siempre tan prudente y tan discreta!...

Hasta se atrevió usted á decirme, para justificar su negativa, que apenas sí sentía frío. ¡Y estaba usted tiritando como un perrillo faldero! Entonces yo apelé al recurso supremo de la persuasión y lo cogí á usted en mis brazos, tal como D. Juan á doña Inés en la escena del convento, y la trasladé á mi humilde habitación.

¡Qué bien pasamos la noche!
¡Mire usted que cuatro francos de pasteles tienen que comer! ¡Oh! ya sé que el coñac es un buen auxiliar de las digestiones difíciles.

Sin embargo, yo he comenzado á padecer del estómago desde aquel dulce atracón de cremas variadas.

¡La naturaleza del hombre es tan mezquina! ¡Quince grados bajo cero! Pero nosotros no sentíamos el frío, gracias á Daudet, á Zola, á Mirbeau, á Bourget y demás ilustres autores.

Me acuerdo que usted, sofo ada por el calor, llegó á quitarse la capita morada de encajes.

¡Los dos francos de leña se consumieron en una hora!

Después arrojamos al fuego un busto en yeso de Napoleón, una silla, un paraguas, dos bastones y, por último, mi hermoso sombrero de copa.

El reloj de San Sulpicio dió las tres. Ya no teníamos nada que echar á la chimenea. La botella de coñac se había consumido. Comenzamos nuevamente á sentir frío. Yo quería calentarla á usted con mi aliento, como un héroe de Campaamor. Usted se resistía débilmente, ¡oh, muy débilmente!

Y el número 26 y el número 27 del hotel Michelet se fusionaron aquella noche y formaron una sola cifra.

MIGUEL SAWA

(1) Del libro en prensa *Ave, Fénix*.

LIBROS

Belén Sárraga de Ferrero, que siente con todas las delicadezas de la mujer y piensa con todos los atrevimientos de un hombre, ha publicado, con el título de *Minucias*, un hermoso libro de poesías defendiendo la noble causa de los oprimidos. *Minucias* es un libro que merece leerse. Precio, una peseta.

Autobiografía y vida de Carlos Darwin es el título de la nueva obra con que se enriquece la selecta *Colección de autobiografías célebres* del editor Rodríguez Serra.

En la autobiografía cuenta el sabio inglés los episodios más culminantes de su vida; su viaje científico á bordo del *Beagle*, el campo de sus observaciones y el génesis de todas sus obras.

Avalora la autobiografía las impresiones de Darwin sobre sus coetáneos y amigos, Carlyle, Macaulay, Grote, etc.

La Biblioteca *Mignon* que publica el inteligente editor Rodríguez Serra, se ha enriquecido con un nuevo é interesantísimo libro, *El orfismo* y *La higiene de Zaratustra*, del doctor Nicasio Mariscal, ilustraciones de Valera. Precio, 75 céntimos.

Doctrina social. — *El falansterio*, por Carlos Fourier, traducción de José Menéndez Novella. Forma parte este libro de la «Biblioteca de Filosofía y Sociología», que tanta aceptación tiene entre el público inteligente. Precio, dos pesetas.

ANUNCIOS HUMORÍSTICOS

¿Cómo se ha restablecido Sagasta de su última enfermedad? Pues bebiendo en las comidas el rico *Vino Valgañón*. De venta en la calle del *Caballero de Gracia*, 56, *Bodega del Jalón*.

¡Poetas, pulsad las liras para cantar la elegancia y el arte exquisito de los muebles de A. Vallejo, *Alcalá*, 17!

No hay nada mejor que una copita de *Anís del Mono* antes de comer. ¡Y después de comer! ¡Pues otra copita de *Anís del Mono*!

¡Ciudadanos! ¡Queréis hacer un buen negocio? Pues aseguraos la vida en *La Equitativa de los Estados Unidos*, Sevilla, 13.

LA INGLESA

¡Preservatvós higiénicos! ¡Libros alegres! ¡Curiosidades de cierto género! No hay otro establecimiento en Madrid como *La Inglesa*, Montera, 35 (*Pasaje del Comercio*).

VINOS DE RIOJA

Tinto fino.....	0,50 botella.
Clarete superior.....	0,75 »
Rioja Medoc.....	1,00 »

En botellas con malla precintada.

SAN MATEO, 15, «BODEGA RIOJANA»

CAMAS Y MUEBLES

LA GRAN BRETAÑA

Plaza de Santa Ana, núm. 1.

Sucursales: Fuencarral, 102, y Preciados, 7.

VENTA Á PLAZOS Y AL CONTADO

La Cosmopolite.

No hay competencia posible con este papel de fumar de puro hilo. Es el más higiénico de todos. Pedirlo en los estancos. Precio: 10, 15 y 20 céntimos. Depósito, Farmacia, 3, principal. — *Francisco Igual*, Madrid.

DON QUIJOTE

PERIÓDICO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID, un mes, 1,00 peseta; trimestre, 2,50; semestre, 5; año, 10.

PROVINCIAS, trimestre, 3 pesetas; semestre, 6; año, 12.

EXTRANJERO, año, 15 pesetas

Número suelto, 15 cts; atrasado, 30.

A corresponsales y vendedores, 25 números, 2,50 pesetas.

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de D. Miguel Sawa.

Imp. de A. Marzo, calle de las Pozas, 12.